



HISTORIA DE LA CIVILIZACION

DE ARAUCANÍA

POR

TOMAS GUEVARA

(Continuacion)

CAPÍTULO VII

Octavo levantamiento, desde 1868 hasta 1871

Los indios se disponen a sublevarse. — Asaltan la caballada de Chihuahue. — Sale a perseguirlos una columna. — Combates de Traiguen i Coipué. — Los indios amenazan la línea del Malleco. — Los abajinos se unen a los arribanos. — Atacan a los caciques Pinolevi i Catrileo en Puren. — Sale una columna en auxilio. — Combate de la Centinela. — Asalto de los indios al fuerte de Curaco. — Escursiones militares a Choquechoque, Colo i Chanco. — Combate del Malleco. — Los indios invaden los llanos de Huequen. — Expediciones al rio Dillo, a Chanco, a Collico i Cule. — El ministro de la guerra i el jeneral en jefe emprenden una campaña al interior. — Exploraciones a Pidenço, Collico i Quechereguas. — Los indios celebran un parlamento de paz. — El ejército del litoral. — Fundacion de Cañete i Puren. — Escursiones contra los indios. — Atacan éstos el fuerte de Puren. — Expediciones al este de Nahuelvuta. — El comandante de armas de Tolten, mayor Barbosa, en sus relaciones con los indios. — Parlamento de Ipinco. — Aparece Orelie en la Araucanía. — Parlamento de Tolten. — Expediciones que parten de Puren. — Salen

divisiones de la línea fortificada a las tierras de Pailahueque i Montri.—Choque en Collipulli i Pidima.—Espediciones a Cángulo i Quechereguas.—Se ataca a los indios en Huequen, Adencul i Quino.—La línea militar en 1871.—Los arribanos atacan la plaza de Collipulli.—Columna que los persigue hasta el Cautin.—Parlamento de Lumaco.—Pacificación de la Araucanía.—Los protagonistas de esta guerra.

Los indios arribanos veían con profundo malestar el avance de la línea del Malleco. Aumentábase este disgusto con las patrañas de despojo que los caciques vendedores de terrenos para los fuertes les inventaban, para sincerarse ante ellos i no esponerse a sus iras. En marzo de 1868, celebraron una junta en Quechereguas, a poca distancia al sur del actual pueblo de Ercilla, para acordar el plan que debían seguir en vista de la invasión de sus tierras. Aunque no se convino en un levantamiento inmediato, de hecho quedó proclamada la rebelión.

Desde ese mes comenzaron a prepararse para entrar en campaña i a ejecutar correrías parciales por distintos puntos de la frontera. El 12 de abril un grupo de araucanos del lado de Traiguen, se acercó cautelosamente a las cercanías del fuerte de Chihuaihue i arrebató del sitio en que pacían los animales de la guarnición 17 caballos de los granaderos i 12 de oficiales.

El jeneral Pinto creyó que dejar impune este robo sería alentar la audacia de los indios para mayores empresas, i se resolvió, en consecuencia, a obrar con toda enerjía. Despachó desde Chihuaihue en la noche del 24 de diciembre hácia el sur i el oriente, dos divisiones de 160 hombres cada una, al mando del teniente coronel don Pedro Lagos i del sarjento mayor don Demofilo Fuenzalida.

El primero tomó con su tropa la dirección del río Traiguen, inclinándose hácia Quechereguas. Iba a las posiciones del cacique Huaiquiñir, a quien se suponía autor o amparador del robo de los caballos. Durante toda la noche la columna caminó a marchas forzadas para caer al venir el día sobre la reducción de los ladrones. Por mas esfuerzos que hizo el comandante Lagos para conseguirlo, fué inútil; la distancia se prolongaba i los cálculos de los guías salían errados. Antes que lo sorprendiera la luz de la aurora, desprendió de su tropa 20 hombres del 4.º de infantería, otros tantos

jinetes de línea i 3 cívicos, que con 2 indios, servian de conductores de la columna. Los infantes quedaron al mando del capitán don Juan José San Martín i los de caballería al del mismo grado don Walericio Argomedo.

Amáneció el día 25 i la columna de Lagos seguía precipitadamente; a las 10 fué preciso hacer alto en Quechereguas para dar descanso a la tropa. Apenas los soldados se habian repuesto un breve espacio de tiempo cuando en los cerros vecinos aparece una multitud de araucanos dispuestos a emprender el ataque. El jefe de la fuerza expedicionaria se dispuso a resistirlos.

En estos momentos de ansiedad jeneral, se desprende un indio que venia en calidad de emisario a interrogar a Lagos sobre su presencia en esos lugares. Contestaba el imperturbable comandante a tal pregunta, cuando se le viene encima una avalancha de indios; habia sido una estratajema para distraerlo. La infantería no pudo hacer fuego a tiempo i solo la caballería se defendió a sable. Despues de unos cuantos minutos de confuso batallar, los asaltantes, dirijidos por el mismo Quilapan, abandonan el campo. Unos i otros combatientes habian experimentado algunas bajas.

Amenazado por todas partes, Lagos continuó la marcha hácia el Traiguen, a cuyas orillas llegó en la tarde de ese día. Rodeáballo una multitud de indios prontos a comenzar la pelea; la fuerza chilena permaneció la noche con las armas en las manos. Al amanecer resolvió seguir avanzando, no ya en busca de Huaiquiñir, el ladrón de los caballos, sino de la vanguardia despachada la noche anterior.

No se habia adelantado mucho por la ribera del Traiguen cuando se vió asaltado por masas formidables de guerreros araucanos, divididos en grupos a caballo i a pié, desnudos de la cintura para arriba i pintado el rostro, como habia sido costumbre en otros tiempos de mas rudo batallar. La lucha se traba con valor extraordinario de una i otra parte: los jinetes de línea cargan a sable i la infantería, despues de un fogueo nutrido, a la bayoneta. Afortunadamente los araucanos retroceden i dejan en el campo cerca de 100 muertos. Lagos, en presencia de tales dificultades i con pérdidas no escasas, resuelve retirarse por senderos escusados.

Al poco rato de marcha se le presentaron dos soldados del 4.º,

i lo impusieron de la completa derrota del piquete del capitán San Martín, i este mismo llegó pronto, solo i herido en la frente; acompañabanlo únicamente cuatro de sus soldados i un indio. Como no supiese de seguro la suerte que había corrido su tropa, el comandante Lagos lo puso en arresto.

¿Qué había sucedido? El día 25 llegaba San Martín a las orillas del Traiguen i, aunque rodeado de enemigos, intentó cruzar el río. Una partida de indios detuvo a sus infantes, que peleaban metidos en el agua hasta la cintura, i otra atacaba por retaguardia a los granaderos. El choque fué violento, i tan superior en número era la masa de indígenas, que el piquete tuvo que emprender la retirada al cerro de Coipué, oprimido por todos lados i con 23 bajas entre muertos, heridos i prisioneros. Se contaba entre los últimos el oficial de caballería don Walericio Argomedo, que fué asesinado por los indios en una borrachera, a los cuatro días del combate. Igual suerte corrieron los demás prisioneros.

Algunos dispersos se incorporaron al grueso de la expedición, que hacia su marcha de regreso al fuerte de Chihuaihue.

El destacamento del sarjento mayor don Demofilo Fuertzalida siguió avanzando al este. Más afortunado que su jefe i amigo, en la madrugada del 24 de abril cayó sobre algunas tribus de Collico i las puso en fuga. El 27 del mismo mes partió hacia el Traiguen para proteger la retirada de las fracciones batidas en la ribera norte de este río (1). Después de recorrer algún trecho por las márgenes de esta corriente, volvió al lugar de su partida.

El jeneral Pinto no podía dejar envalentonados a los indios i dispuso que el 5 de mayo partiese a las posesiones de los arribanos una división de 580 hombres de las tres armas, que confió al mismo comandante don Pedro Lagos. Se adelantó este cuerpo de ejército hasta Quechereguas sin hallar en parte alguna grupos de indios con quienes combatir; Quilapan i los otros caciques directores de la guerra habían retrocedido para evitar un encuentro desfavorable. Al cabo de cinco días de una penosa campaña, en que, entre otras penalidades, se sufrió por la escasez de víveres, la división regresó a Angol el 11 de mayo.

(1) Documentos existentes en poder del autor.

Durante el invierno los indios no dieron señales de quietud; frecuentemente ejecutaban malones aislados, que los fueron alentando hasta el extremo de concebir un plan mas formal de ataque a la línea del Malleco.

Sabido con oportunidad por el jeneral Pinto, dictó sin pérdida de tiempo las medidas conducentes a cruzar los proyectos de Quilapan. Mandó alistar la guardia nacional de Nacimiento i de Angol i adelantarse desde Mulchen el rejimiento de granaderos a caballo. Disponiendo de fuerzas de refresco, pudo organizar dos divisiones, una en Angol de 200 hombres de infantería, otros tantos de caballería i un cañon con su tropa, i otra en Chihuaihue, con la mitad de esta fuerza, tambien de las tres armas. Destacó por último algunas partidas de jinetes en observacion de los movimientos del enemigo.

Al medio dia del 4 de julio apareció en las cercanías de Huequen una partida de indios con intencion de ejecutar alguna sorpresa. Descubierta su presencia i tomadas las medidas del caso, tuvo que retroceder. Esta aparicion indicaba que las huestes de Quilapan entraban en campaña.

Lo comprendió así el jeneral en jefe i a pesar de las grandes lluvias de este mes, hizo acampar una division de Angol hácia el este de la poblacion, en los llanos que se estendian por ese lado. De esta fuerza se desprendió una fraccion al mando del teniente-coronel don Marco Aurelio Arriagada i atacó en la mañana del 17 a los indios de la ribera norte del rio Huequen. Un escuadron de granaderos i otro de cívicos de Nacimiento continuaron resguardando estos parajes hasta el 25, al mando del mayor don José Molina.

De las penalidades i del servicio, en realidad matador para sus soldados, el jeneral Pinto hacia en su memoria del año siguiente esta animada referencia.

«V. S. conoce bien por los partes oficiales todos los pormenores de la ajitada campaña de que me ocupo i ha podido apreciar los penosos sacrificios a cuya costa se han desbaratado con un ejército reducido los planes de numerosos bárbaros, valientes i llenos de recursos. No bastan ocho fuertes, incluso Angol, para alcanzar los resultados obtenidos en una línea de 37½ kilómetros, abierta

por todas partes. Tan débil obstáculo puede burlarse durante el día, merced a las ondulaciones del terreno, i es completamente nulo durante la noche. Sin las penalidades del ejército, sin su abnegado entusiasmo para resistir a campo raso la inclemencia del invierno i hacer casi sin interrupcion marchas forzadas para oponerse en tan dilatada estension al paso de un enemigo astuto, ligero i difícil, si no imposible de sorprender, los salvajes habrían podido llevar sus correrías al norte del Biobío, renovando los horrores que han hecho célebres sus levantamientos precedentes.»

Con todo, los indios flanquearon por la derecha la línea de fuertes. Por caminos que ellos conocían mui bien i favorecidos por los bosques tupidos que entónces habia, cruzaron la cordillera de Nahuelvuta al poniente de Angol i fueron a salir al norte del río Malleco.

Un destacamento que habia en Tigueral, paraje situado al oriente del río Vergara i a 13 kilómetros al norte de Angol, i los habitantes de esas inmediaciones, salieron al frente de los indios i despues de un ligero combate, los pusieron en fuga.

Las tribus que habitaban la parte oriental de la cordillera de Nahuelvuta, desde Angol hasta el Imperial, conocidas con el nombre vulgar de «abajinos», hasta entónces en favor del gobierno, entraron tambien en la revuelta, que por este motivo fué asumiendo las proporciones de un levantamiento jeneral. Los caciques de mayor influencia de las distintas reducciones eran Catrileo i Cheuquemilla, de Puren i Lumaco; Guirrian i Coilla, de Quillem; Coñoepan, de Cholchol; Marileo, de los Malales, i Painemal del Imperial. De estos caudillos, el que ménos, podía reunir 200 lanzas. Habia en otros lugares de esta zona numerosos caciques de menor importancia que podían armar hasta 800 mocetones entre todos. Ninguno igualaba en prestigio al fiel Pinolevi, de Puren, con quien marchaban de acuerdo los siete caciques principales que se acaban de nombrar. Todos los demas secundaban los planes de los arribanos.

El jeneral Pinto no descansaba en tomar las precauciones mas urjentes para contener la formidable irrupcion que lo amenazaba: hizo reconcentrarse en Collipulli los destacamentos de Curacó i Perasco, en el extremo izquierdo u oriental de la línea; mandó

alistar la guardia nacional de Mulchen i Picoltué para defender el sur del Renaico, i dispuso el acuartelamiento de los cívicos de Nacimiento i Negrete. Una division llamada ambulante recorria los campos en todas direcciones i vijilaba los puntos mas amenazados. Por último, la poblacion rural se reconcentró a los centros habitados.

Atemorizáronse los indios con las disposiciones dictadas por el jefe del ejército para combatirlos, i se entregaron a una momentánea inacción, que aquél aprovechó para estender nuevamente la línea de fuertes hasta Perasco i Curaco.

Los moluches o arribanos guardaban un encono profundo a los caciques abajinos adictos a las autoridades militares. En conivencia los primeros con los capitanejos indíjenas de la seccion de los segundos que se habian separado de sus compañeros, vecinos i hasta deudos, atacaron el 11 de noviembre las reducciones de los caciques Catrileo i Pinolevi, de Puren. Este último, sorprendido en su habitacion, pereció a manos de sus enemigos, quienes le robaron ademas sus bienes i le quemaron su habitacion. Catrileo consiguió escapar ileso al campamento del coronel Saavedra, pero los asaltantes hicieron tabla rasa en sus posesiones.

Tan pronto como el jeneral Pinto supo la suerte que habia corrido su fiel aliado, despachó apresuradamente, el 17 de noviembre, una division de 300 hombres, dirigida por el comandante Lagos i destinada a infligir un castigo severo a los perpetradores del asesinato.

El 18 de noviembre comenzó esta fuerza la ascension del cerro de la Centinela en el cordon de Choquechoque, al sur de Angol. De repente se presentaron distintos grupos de guerreros araucanos maniobrando ordenadamente i con intenciones de rodearla. Eran abajinos de los Sauces que mandaba el cacique Melin. Con la gritería acostumbrada en sus peleas, fuéronse algunos escuadrones indíjenas contra los infantes de la columna de Lagos, pero, una certera granada les causó algunas bajas i desvió su ímpetu hácia unos soldados de caballería cívica de Angol, quienes los recibieron tambien sable en mano. El pánico i la fuga se produjeron inmediatamente. Sin encontrar una resistencia seria

en ninguna parte, la division volvió luego al lugar de su partida.

Los caciques principales procedian ahora con uniformidad de accion i de miras. Por esto sus ataques debian ser simultáneos en varios puntos del teatro en que se movian sus mocetones. En efecto, en la misma noche del 18 al 19 de noviembre los arribanos atacaron el fuerte de Curaco. Era jefe de la tropa que la defendia el subteniente del 3.º de línea don Tristan Plaza. Los detalles de este hecho de armas, están contenidos en esta animada relacion de un militar de aquellos tiempos.

«Serian las dos de la madrugada. La noche era tenebrosamente oscura, fria i nebulosa. La tropa franca dormia tranquilamente dentro del rancho, i los moradores en sus rucas. En una de éstas, a inmediaciones del cuartel, dormia como los demas, el subteniente. No se oia mas ruido que el monótono i triste rechinar de las ramas en los árboles mecidas por una suave brisa; i de cuarto en cuarto de hora, el quejumbroso *¡alerta!* del centinela solitario, repetido a lo léjos por los lúgubres ecos del valle i de la montaña.

»Hubo momento en que el centinela creyó percibir cerca de sí un lijero ruido. Escuchó atentamente, se inclinó hácia adelante tratando de percibir al traves de las densas tinieblas el objeto que pudiera producir aquel leve, insólito sonido *¡pero nada!* no vió ni oyó—me habré engañado, se dijo. Sin embargo, prosiguió poniendo atencion i reteniendo el aliento, luego, el ruido se repitió de nuevo, mas distinto i cercano, semejante al roce de un reptil que se arrastra por la yerba. La hora no es para que pasen las culebras ni las lagartijas, pensó el centinela. I junto con hacerse esta reflexion, lanzó un enérgico i sonoro *¿quién vive?* empuñando al mismo tiempo su fusil en actitud defensiva.

»El ruido cesó como por encanto; pero inmediatamente se dejaron oír en diversas direcciones silenciosos i callados; *ya!... ya!... ya!...* que el centinela percibió distintamente. Un segundo *¿quién vive?* mas valiente que el anterior, atronó los ámbitos del bosque; i oyendo que junto a él una voz medrosa respondia; *¡paichano!* se echó por un movimiento rápido el fusil a la cara, i el traidor *¡paichano!*, que ya le amagara el pecho con un agudo puñal, rodó por el suelo bañado en sangre.

»Tras el estampido del trueno, la tempestad estalló con terrible i espantosa furia. La detonacion del tiro i los gritos del centinela *¡cabo de guardia! ¡a las armas! ¡el enemigo!* acompañados de la enérgica espresion habitual en nuestros bravos soldados, hicieron saltar desnudos de sus lechos a los hombres de la guarnicion, que dejaron los pantalones para tomar sus armas i salieron apresuradamente a formar en batalla fuera del rancho.

»Ya era tiempo. Los araucanos, en número de mas de mil combatientes, a pié i a caballo, cubrian literalmente la posicion i sus alrededores, i a la vez que el centinela mataba a su primero i mas arrojado adalid, pegaban instantáneamente fuego a las rucas del lugar, i alumbrados por el incendio, arremetian resueltamente contra la guarnicion.

»En este instante, abriéndose paso por entre los salvajes, que llegaban ya hasta adentro del cerco de tranqueros, se presenta a la cabeza de su tropa el subteniente desnudo como sus soldados, pero con el hierro en la diestra, la enerjía en el alma i la bravura indomable en los ojos i en el ademan. A su vez i con la presteza del relámpago, los hombres acometieron con furia i denuedo, repartiéndose listos por el recinto, para detener por todas partes a los asaltantes, trabándose en cada punto un combate cuerpo a cuerpo, en que los indios daban puñaladas i recibian bayonetazos.

»Soldados, labradores, mujeres i niños, todos tomaron parte en aquella espantosa refriega, que duró mas de cuatro horas, porque los indios, cada vez que se sentian diezmados, recojian sus heridos i muertos, i se replegaban por breves momentos a la montaña, para rehacese i volver a la pelea con nueva furia. Vencidos ya al fin i deshechos, habiendo sufrido bajas considerables, i no dando todavía muestras de desfallecer la valerosa guarnicion, a pesar de las sensibles pérdidas que también habia experimentado, juzgaron prudente retirarse a respetable distancia del fuerte, guarecidos por el monte.

»Sin embargo, se conocia bien que volverian a atentar un supremo i desesperado esfuerzo para apoderarse de la posicion i pasar a cuchillo a sus bravos defensores. I aunque éstos no decaian un punto de ánimo, ántes bien se sentian mas i mas euvalentonados con su sangriento triunfo, el cansancio, las bajas i la escasez de

municiones, acaso los habrían hecho sucumbir al empuje de nuevos i repetidos asaltos, si no hubiera llegado mui oportunamente un salvador auxilio que les traía el mayor del 2.º de línea don Eleuterio Ramírez. Este jefe habia salido de Chihuihue al amanecer, andando a marcha forzada, i despues de ahuyentar a su paso las bandas de indios que cruzaban el camino, se presentó a la vista de Curaco, lo que fué bastante para que los araucanos se pusieran en desordenada fuga por el bosque, llevándose muchos cadáveres, pero no sin dejar algunos que habian caído dentro del recinto i que atestiguaban cuán caro les costaba aquella jornada» (1).

Bandas numerosas de indios rebeldes seguian merodeando por los alrededores de este fuerte i amenazaban el de Perasco. En proteccion de este último despachó el comandante de la plaza de Collipulli un destacamento de 57 individuos de granaderos a caballo, a las órdenes del alférez don Roberto Bell. En el lugar llamado las Toscas, entre Collipulli i Perasco, salió al encuentro de este oficial, el 21 de noviembre, una gruesa partida de jinetes araucanos. El mismo narrador detalla las incidencias de ese asalto en los párrafos que siguen:

«Subía la pequeña tropa, aterida de frio, al pesado i trabajoso andar de sus escualidas cabalgaduras, la loma de las Toscas, cuando de improviso siente un tiro i otro i un tercero, i al mismo tiempo ve venírsele encima un verdadero ejército de araucanos, una barrera de lanzas entre las cuales se debatian desesperadamente los tres sables de los bravos granaderos de la descubierta, arrollados al empuje violento de 400 salvajes. No habia tiempo de tomar aliento para guarecerse al abrigo de alguna defensa natural del suelo. El arroyo i su pequeño bosque habian quedado atras, i el torrente de indios rodaba por la loma abajo con furia i estrépito, llegando de un golpe sobre la tropa. El animoso alférez no tuvo mas lugar que para dar la voz de sable en mano! i a la carga muchachos! i tirando rabiosamente del suyo, clavó espuelas i se lanzó el primero en medio de la compacta masa de araucanos, seguido de sus valientes soldados que en cerrado pe-

(1) AMBROSIO LETELIER, *Apuntes de un viaje a la Araucanía*.

loton blandian esforzadamente el acerado hierro, tratando de abrirse paso al traves de la espesa falanje enemiga.

»El choque fué tremendo, indescriptible. Los araucanos esgrimian la lanza con salvaje furia i con esa ávida sed de matanza que los anima siempre en los combates.

»Los granaderos i lleulles se batian con la rabia de la desesperacion del que se siente acosado por el número, aplastado, perdido irremediabilmente, i que, echando el alma a las espaldas, acomete sin mas esperanzas que la de vender cara su vida. Allí no se pedía ni se daba cuartel. Los tajos i las lanzadas no arrancaban un ¡ai! ni un quejido cobarde que viniera a turbar el lúgubre silencio de la muerte, interrumpido por el chis-chas de los sables i el rechinar de los dientes de los furiosos adversarios. Aquello no podía durar. Nuestros soldados que tenian la desventaja del número, que combatian en caballos estenuados i que recibian el choque de alto abajo, fueron aplastados por el enorme peso i sucumbieron valientemente, ahogados en la sangre de los salvajes, que revuelta con la suya propia formaban nubes que impregnaban el aire i arroyos que corrian por la ladera. A duras penas, el alférez Bell i algunos de sus hombres, todos heridos, pudieron abrirse paso a sable i escapar con vida.»

Entre las tribus alzadas de los abajinos, manifestábase la de Choquechoque como una de las mas belicosas. Ahí se hallaban aislados tambien muchos malhechores chilenos, comprometidos algunos en el asesinato del cacique españolizado Pinolevi, «huinca Pinolevi», como le decian los indios. El jeneral Pinto se propuso escarmentar a esa agrupacion i sorprender si era posible a los bandidos. Con este fin salió de Angol el 11 de diciembre el jefe de estado mayor, coronel don José Timoteo González, al mando de 400 hombres. Caminó este jefe con su division toda la noche de este dia i al amanecer del siguiente, de improviso, cayó sobre algunas habitaciones de indios; resultaron muertos 10 de los que quisieron resistir i prisioneras algunas mujeres i niños. Como las reducciones viven diseminadas en espacios de variable estension, segun el número de familias, fué fácil a la mayor parte evitar el golpe i dispersarse. Tomóseles en cambio una cantidad considerable de animales, que la columna expedicionaria condujo a la

plaza de donde habia salido. Esta campaña duró hasta el 18 de diciembre.

Era preciso no dar reposo a las hordas de Quilapan i demas caciques insurrectos, para evitar que el levantamiento se extendiera a las tribus que habian permanecido indiferentes. El jeneral en jefe quiso llevar sus armas al mismo centro de las posesiones de los arribanos. Equipóse una division de 497 hombres que, siempre bajo las órdenes del coronel González, partió hácia Colo i Chanco, riachuelos que corren al norte i sur, respectivamente, de la actual ciudad de Victoria.

Esta expedicion no obtuvo, sin embargo, las ventajas que esperaba el jeneral Pinto. Al contrario, corrió peligro de sucumbir a manos de los indios; pues habiendo caminado durante toda la noche para ocultarse del enemigo i estando en descanso, al dia, siguiente, el 25, un disparo casual espantó la caballada del escuadron de cazadores; 68 caballos ensillados se perdieron a consecuencia de este incidente tan fatal. La fuerza expedicionaria tuvo que contramarchar con los peligros consiguientes a la falta de caballería.

No ménos desgraciado anduvo un piquete de caballería que se habia desprendido del grueso de la fuerza en persecucion de los indios i en que iban el comandante de cazadores i el ayudante del estado mayor jeneral, sarjento mayor graduado don Waldo Diaz. Cortados i acometidos estos dos iefes, un corneta de órdenes i un cabo, trabaron una lucha personal i desesperada; el comandante i su corneta lograron huir, pero el cabo sucumbió peleando i el mayor Diaz se salvó herido i a pié.

Esta infructuosa campaña duró hasta el 27 de diciembre.

En la noche del 26 habia partido, ademas, de Collipulli en direccion a las montañas del este, otro cuerpo de 230 hombres. Al cabo de algunos dias de inútiles pesquisas, regresó al lugar de su partida.

Llegaba el año 1869 i los araucanos, léjos de pensar en la paz o de atemorizarse por las encarnizadas campañas del ejército, aprestaban sus huestes en todas partes para tomar la ofensiva donde las circunstancias lo permitieran.

En la mañana del 5 de enero se supó en el cuartel jeneral que

los bárbaros habian atravesado en la noche el rio Malleco, en pequeñas partidas i por diversos parajes, para ejecutar robos i sorpresas, así fraccionados, hasta la márjen del Renaico. En seguida debian reunirse con el botin al pié del cerro de Huelehuaico i emprender la retirada, para lo cual contaban con burlar la vijilancia de los fuertes o atropellar en último caso las fuerzas que les cerrasen el camino. Eran como 1,500 indios que mandaban en persona sus mas bravos caciques, Quilapan, Montri i Quilahueque.

El jeneral Pinto, animoso, resuelto como de costumbre, con un odio bien marcado a los araucanos rebeldes e ignorando el número de éstos i los jefes que los conducian, corrió a Lolenco a la cabeza de un piquete de granaderos a caballo. Organizó aquí una columna de dos compañías del 2.º de línea, 60 cazadores i algunos cívicos e indios auxiliares i salió al encuentro del enemigo, habiendo ordenado ántes acordonar el rio en toda su estension para impedirle el paso.

Como a 2 kilómetros al norte de Chihuaihue, a la ribera derecha del Malleco, se encontraron los dos cuerpos contendientes. En medio de la sorpresa causada por el número de bárbaros que tenia al frente, el jeneral en jefe comprendió su situacion arriesgada; o aceptaba un combate desesperado i desigual o retrocedia con evidente peligro de ver deshecha su fuerza i hasta de caer él mismo prisionero. Optó por lo primero: tiende su diminuta línea de infantería sobre una altura, alienta de palabra a su tropa i da la órden de principiar el combate con su ayudante, el teniente don Agustin Venegas.

Un escuadron de araucanos se adelanta sobre la línea; la caballería cívica le sale al encuentro. Chócanse con violencia i se acometen con celeridad. El jeneral Pinto se pone a la cabeza de los cazadores i se lanza en proteccion de los milicianos; los indios no resisten esta doble embestida i retroceden hostigados por el fuego que de antemano les hacian los infantes del 2.º. Bajan a las vegas del Malleco por unas lomas mui escarpadas i se precipitan al rio en medio de una lluvia de balas que por la retaguardia les dispara la division triunfante i por uno de los flancos dos compañías del 2.º i 4.º de línea. Una hora trascurrió entre la carga inicial i la fuga de las huestes de Quilapan.

En el primer encuentro los araucanos abandonaron el botin de animales, mujeres i niños que habian hecho en su escursion.

En ningun combate de este levantamiento se gastó mas esfuerzo por ámbos bandos para obtener la victoria. Estimulaba a los araucanos el deseo de conservar su presa i a los soldados del ejército, la desesperacion del menor número. Por eso perdieron muchas vidas aquéllos i resultaron varios de éstos heridos i contusos (1).

A cualquier otro pueblo ménos viril que el de los araucanos habria anonadado este golpe. Pero éstos, familiarizados con la guerra, sustituida una tribu por otra, apénas eran derrotados en un lugar cuando aparecian en otro, tan resueltos como los vencidos. Tal sucedió ahora. Al rayar el alba del 28 de enero invadió los llanos de Angol, por el lado de Huequen, una porcion como de 500 indios del interior. Apresuradamente se entregaron al robo de animales i al asesinato de los campesinos que sorprendian. Parte de Angol el teniente coronel don Lúcas Villagra al mando de una compañía de granaderos a caballo i emprende la persecucion. Después de picarles la retaguardia como por espacio de una legua, los alcanza i traba con ellos una pelea reñida al arma blanca. Mata unos cuantos, les quita el botin i los deja correr en direccion a sus tierras.

Habiéndose aumentado el ejército de la frontera con el ingreso de otros cuerpos i harto cansado ya el jeneral Pinto con una resistencia tan porfiada, se resolvió a cambiar el sistema de operaciones defensivo por otro mas vigoroso i eficaz, que llevara, por medio de hostilidades parciales, la guerra sin cuártel a todas las agrupaciones alzadas.

En realizacion de este plan, comenzó a despachar una serie de expediciones a diversos puntos del territorio araucano. El 29 de enero partieron de Mulchen 375 hombres que comandaba el teniente coronel de guardias nacionales don Manuel Búlnes. El objetivo de esta fuerza era la captura de un gran número de arribanos que se habian ocultado con sus familias en los espesos bosques de las riberas del rio Dillo, afluente de la derecha del Cau-

(1) Hojas de servicios i otros documentos del archivo del autor. Memoria del jeneral Pinto, de 1869.

tin. Búlñes tomó 22 prisioneros i muchos animales, i arrojó a los fujitivos al otro lado de este último rio. El 24 de febrero estuvo de regreso, despues de haberse internado por la cordillera.

La audacia de los indios llegaba hasta el extremo de presentarse al alcance de los fuegos de la línea. El 1.º de febrero se dejaron ver, en efecto, a las inmediaciones de Chihuaihue con el botin de un malon, segun este parte que el oficial del piquete de artillería de este fuerte pasó al comandante de su arma.

«Tengo el honor de dar cuenta a usted que ayer como a las 2 de la tarde se hizo con el cañon de a 24 de este fortin, un disparo a fogueo, con el objeto de dar la alarma, i un cuarto de hora despues aparecieron los indios en número de 300 a 400 arreando una cantidad de animales, entre Lolenco i Chihuaihue, sobre un cerro que está en la ribera norte del Malleco inmediato a un vado. Inmediatamente que se divisaron, hice cargar con un proyèctil sólido de a 24 i apuntar la pieza al vado, que dista de este fortin como tres mil metros, i se disparó cuando los indios lo pasaban en gran precipitacion; seguidamente se les hicieron dos disparos mas a bala iguales al anterior, i uno a granada con un cañon de a 4 de campaña, en un espacio como de dos mil metros mas o ménos del lugar a donde primero se les hizo fuego i cuya distancia al fortin se conserva casi invariable como al principio. Luego despues salieron completamente fuera de tiro de cañon, siendo perseguidos por la infantería, la caballería i una pieza de montaña, que el señor comandante del fuerte hizo salir con este objeto. La pieza iba mandada por el sarjento don Máximo E. Reyes i servida por los individuos que espresa la adjunta relacion.

»Cada uno de los disparos de que he dado cuenta ponía en desórden al enemigo que huía al galope de sus caballos i por un momento les dispersaba el ganado que conducia.

»Es cuanto se pudo observar desde el fortin a causa de la distancia i las muchas ondulaciones del terreno.»

Para empujarlos a sus tribus i evitar que atacasen combinadamente a Búlñes, partió para Chanco el mismo dia que se presentaban a la vista de los fuertes una division de 600 hombres, que se puso bajo la direccion del coronel don José Timoteo González. Alcanzó esta fuerza hasta el rio Traiguen, i habiendo rehuido los

indios un encuentro, regresó a Angol el 7 del mismo mes con una crecida cantidad de animales.

Miéntas que esta division operaba en el interior de la Araucanía, el 5 de febrero partió otra de 493 hombres que mandaba el coronel don Alejo San Martin hácia Collico, donde se reunian los indios alzados para ejecutar algun avance a la línea del Malleco. Sin haber llegado a su destino, regresó este jefe al cuartel jeneral el dia 7, para salir nuevamente el 10. Llevaba esta vez 652 hombres i el encargo de recorrer los llanos de Traiguen, que Quilapan dominaba con sus lanzas. Despues de una serie de escaramuzas, en que perdió 4 hombres i causó al enemigo algunas bajas, llegó hasta la ribera norte del Cautin. En estas escursiones que practicaban los cuerpos de ejército al corazon del territorio araucano, al propio tiempo de buscar a los grupos de indíjenas alzados, se quemaban sus casas i se les arrebatában sus animales. Así es que el coronel San Martin a su regreso a Angol, el 19 de febrero, trajo una masa considerable de ganado.

Cuando esta columna recorria las tierras de los indomables arribanos, se internaba de Collipulli a las montañas del oriente hasta Cule, otra de 130 individuos destinada a proteger a la del comandante Búlnes. Sin haber llenado su cometido, tuvo que volver a Angol al cabo de algunos dias de penosa campaña.

El resultado insignificante de estas expediciones fraccionadas, hicieron pensar al ministro de la guerra don Francisco Echáurren i al jeneral en jefe de la alta frontera en la conveniencia de llevar al centro de la Araucanía una expedicion numerosa que, abriendo una campaña activa, aniquilase de una vez por todas las hordas de los caciques rebeldes.

El 24 de febrero se puso en marcha desde Angol para el Cautin un ejército de 1,200 hombres, que engrosaron 110 infantes, 12 artilleros con una pieza de montaña i 60 indios con los caciques Cheuquemilla, Marileo i Ancanilla, que enviaba desde Puren el coronel Saavedra. Dirijálo el mismo jeneral Pinto, a quien acompañaba el ministro Echáurren.

Quilapan no permanecia impasible: tenia listos centenares de mocetones escojidos i muchos chilenos, ladrones i desertores, que contaban con algunas armas de fuego.

Cuando vieron invadido el territorio, los indios huyeron con sus familias i animales al otro lado del Cautin, que atravesó primero el ejército i en seguida el Muco, afluente de la izquierda de aquél, al frente de Lautaro, no sin haber luchado ántes con las partidas araucanas que defendian los pasos tras de trincheras de árboles. con fuego de fusil, hondas i lanzas. En Muco se acampó el grueso de las fuerzas para fraccionarse luego en divisiones. Una de 480 hombres, que dirijia el coronel don José Timoteo González, llegó hasta el cerro de Conunhueno, en la actual ciudad de Temuco i siguió hasta Maquehua, donde tuvo una junta con los indios. Otra que mandaba el teniente coronel graduado don José Domingo Amunátegui, se adelantó hasta el rio Quepe, que cruzó el 11 de marzo. Una gruesa agrupacion de guerreros indios defendió el paso i las altas barrancas del sur, atrincheradas con troncos de robles. El ejército, guiado por el cacique José Manuel Búrgos de Maquehua, dió la vuelta a la línea del Malleco, por las tribus de los abajinos.

Los indios tuvieron muchos muertos i prisioneros i experimentaron la pérdida de sus ganados, siembras i habitaciones, arrasadas por el incendio (1).

Los cerros de Pidenco i Collico servian de guarida a todos los bandidos asilados en las tierras de los indios i a muchos caciques arribanos, cuando algun cuerpo del ejército los perseguia. A fin de acorralarlos en este último reducto, partió en seguida a esos lugares una fuerza de 300 hombres bajo las órdenes del sarjento mayor don Francisco Barceló, quien los barrió, sin obstáculos, de naturales i malhechores.

A las serranías de Quechereguas, tambien escondrijo de los indios perseguidos, marchó en mayo una division que mandaba el coronel don José Timoteo González. Explorados los parajes en que permanecian ocultos grupos de bárbaros, que dispersaron, dió la vuelta a sus cuarteles.

No se daba un instante de reposo a las agrupaciones insurrec-

(1) Parte de la campaña. Memoria del jeneral Pinto, 1869. Hojas de servicios de jefes i oficiales. Certificados de los servicios que prestó a la expedicion el cacique José Manuel Búrgos.

tas. Por fin, las tribus arribanas ofrecieron someterse ámpliamente, promesa a que se adhirieron también los belicosos arribanos. Celebróse por este motivo un parlamento en Angol, el 25 de septiembre de este año. Pero estos últimos aceptaron la suspensión de las hostilidades con el propósito de practicar sus cosechas i, no por el deseo de mantenerse en paz. A los pocos meses renovaron sus depredaciones vandálicas, asesinando a los comerciantes internados en sus tierras o dando malones parciales.

Mientras que en la alta frontera se desarrollaban estos sucesos, el coronel Saavedra iba realizando en la sección de la costa la obra trascendental de una ocupación relativamente pacífica. Como era práctica establecida, el ministro de la guerra don Federico Errázuriz, le había dado instrucciones escritas al respecto, cuyos puntos capitales eran los siguientes:

«1.º Facilidad para vijilar los pasos de la cordillera que permitan más fácil comunicación a las tribus de la costa con las de los llanos, inutilizando los caminos que no puedan ser bien guardados;

»2.º Que el nuevo establecimiento militar se encuentre a la menor distancia posible de Puren o Lumaco, donde debe establecerse otra plaza, la cual puede ser protegida a la vez por la de Angol i por la que se ordena establecer a V. S. en Cañete;

»3.º Que consulte las condiciones necesarias para el asiento de una población que con facilidad llegue a ser en poco tiempo la capital de una nueva provincia;

»4.º Que el nuevo establecimiento tenga fácil comunicación con las plazas de Lebu i Quidico; i

»5.º Que su posesión ofrezca seguridad a la guarnición militar i a la población que se ha de formar bajo su amparo.»

El 10 de noviembre de 1868 el comandante en jefe del litoral de Arauco ocupó el recinto del fuerte de Tucapel i de las ruinas de la antigua ciudad de Cañete. El día 12 dió principio a los trabajos de fundación de un pueblo, al que llamó Cañete i no Tucapel para evitar la confusión de este nombre con otros iguales que ya existían. Como en otras poblaciones que había fundado, buscó en el asiento de ésta una buena posición militar, ántes que un paraje adecuado a su futuro progreso material.

Desde que llegó al lugar ocupado, supo el coronel Saavedra que los indios arribanos estaban convenidos con los de las faldas orientales de Nahuelvuta i los costinos para impedir en todo el territorio indijena el avance del ejército. Supo asimismo que intentaban sorprender en sus reducciones a los caciques amigos Catrileo i Huinca Pinolevi.

La oportunidad de avanzar la ocupacion hácia las tierras de los abajinos, se presentaba ahora mui favorable, a pretexto de proteger a estos aliados. El coronel Saavedra dispuso, pues, que se alistase una division de 250 infantes del 7.º de línea, dos piezas de artillería i 50 jinetes milicianos. Esta fuerza iria al mando del sarjento mayor don Mauricio Muñoz.

Cuando Catrileo llegó huyendo al campamento chileno de Cañete, el 13 de noviembre, despues de la muerte de Pinolevi, el comandante en jefe de la baja frontera trataba en junta de persuadir a los costinos de que lo auxiliaran con algunas lanzas para esta espedicion, mas para alejarlos de una alianza con los indios insurrectos que por necesitarlos como fuerza útil. Vencidas las primeras resistencias i temores con la llegada de Catrileo, allegaron a la columna del mayor Muñoz 200 mocetons.

El 18 se puso en marcha este jefe llevando su tropa bien amuniconada i con racion de charqui i harina para tres dias. Debia ceñirse al pliego de instrucciones que le dió la comandancia en jefe del ejército, relativas al itinerario de la marcha, al establecimiento de una guarnicion en Contulmo i de un fuerte en Puren, término de la espedicion.

El 24 llegó la fuerza del mayor Muñoz a su destino. En la noche del 26 se desprendieron un piquete de caballería cívica, los indios costinos i los mocetones de Catrileo i de uno de los Colipi para asaltar a sus enemigos, los cuales huyeron a las montañas. Dejaron abandonados sus animales i los indios que los cuidaban, víctimas de la venganza de sus asaltantes. Varios caciques de la zona comprendida entre Puren i Lumaco pidieron la paz.

Los trabajos de fortificacion comenzaron inmediatamente. Los indios rebeldes veian en esta obra militar una amenaza a su independencia i a la integridad del suelo que tanto habian defendido

sus antepasados del dominio español. Preparáronse a la lucha desde la llegada de los invasores.

Al mediodía del 7 se presentaron delante de la plaza de Puren en número como de 1,500, divididos en dos cuerpos. Uno de 300 lanceros se adelantó al fuerte. Le salió al encuentro el mayor Muñoz con 150 infantes i algunos indios aliados. Cuando estuvieron a tiro de fusil, les hizo una descarga que les causó varias bajas i los puso en fuga a sus «malales» de Lumaco.

El coronel Saavedra organizó entónces una division de 250 infantes, 2 piezas de artillería, 80 cívicos de caballería i 300 indios costinos. La puso a las órdenes del teniente coronel don Marco Aurelio Arriagada i la despachó para Lumaco en la mañana del 14 de diciembre. Partió en seguida él mismo a Puren, a fin de dirigir personalmente las operaciones.

El comandante Arriagada dió cuenta a la comandancia en jefe de las incidencias de su comision en el siguiente parte: «El 14 del mes citado, al toque de diana, salí de esta plaza con direccion al fuerte de Puren, llevando dos piezas de artillería de montaña i ochenta hombres del batallon 7.º, habiendo llegado a aquel fuerte el 15, cerca de la oracion. Procedí en seguida, segun las instrucciones de US., a organizar la division, compuesta de la fuerza siguiente: las dos piezas de artillería enumeradas, al mando del capitán don Manuel 2.º Novoa; 240 infantes del batallon 7.º; 60 del batallon cívico del departamento de Arauco; 44 milicianos de caballería, mui mal armados; i 200 indios aliados.

»Organizada dicha division, me dirijí el 19 a las 5½ P. M. a las posesiones del cacique Raiman en Lumaco, a donde llegué al amanecer, despues de haber caminado toda la noche, no encontrando a los indios enemigos; pues, habiendo éstos tenido anticipadamente noticia de la marcha de la fuerza, habian abandonado sus rucas i llevádose sus ganados. El 20 llegamos a Colpi, en donde están, a poca distancia las posesiones de los caciques enemigos Nerrian, Coilla i Raquiman, desde cuyo punto principiaron los indios sus hostilidades. El 21 a las 3 P. M. llegó la division a Huillilhue; punto céntrico de los enemigos, en donde está el cacique Cayul, uno de los mas rebeldes. Como el tiempo amenazase lluvia, ordené a la vanguardia, con la debida anticipacion, que las rucas o casas de

este cacique no se destruyesen, a fin de que la division se alojase en ellas, dado caso de un temporal. I al efecto, dispuse lo conveniente para el alojamiento de la noche, haciendo reconocer el campo, etc. No habia trascurrido una hora de nuestra llegada, cuando los indios, en distintos grupos de a 200, mas o ménos, se dispusieron a atacarnos simultáneamente, bajando por todos los caminos i cerros que a ellos les son tan conocidos. Pero todas sus tentativas fueron frustradas, porque en cada camino o avenida se hallaba una avanzada, la que rechazaba con fuego, acudiendo inmediatamente el resto de la tropa a protegerla. Durante toda la noche del citado dia no cesaron un momento las alarmas, por lo que habia que salir de las rucas para hacer frente al enemigo, en medio de un temporal deshecho. El siguiente dia 22 continuó la lluvia, i en la noche hubo otro temporal casi igual al anterior, por lo que no pude salir de esas posesiones sino el 23, tomando la direccion del lugar denominado Leveluan, en las llanuras del valle central, inmediato a Angol, en donde sabia nos esperaban los caciques Domingo Melin, Juan Calvuen i Loncomilla, para atacarnos a la pasada, lo que efectuaron, tan luego como nos presentamos en la llanura; pero la compañía de granaderos del 7.º a la que mandé romper el fuego, fué suficiente para dispersarlos en los primeros tiros, habiéndose ido heridos varios indios i dejado en el campo dos muertos. Asegúraseme que el cacique Melin está gravemente herido, pero no tengo datos positivos para participar a US. esta noticia como un hecho. No obstante, me inclino a creer que algo le haya sucedido, porque Domingo Catrileo lo siguió mui de cerca con su lanza, i Melin en esos momentos solo trataba de huir.

»A mi regreso traje al cacique Huenchullan, que se entregó con algunos de sus mocetones, ménos Huenchecal, a quien mandé llamar i no lo encontraron en su casa: probablemente se habia escondido, por no verse en el caso de entregarse.

»El tiempo que ha permanecido la division en el territorio de los enemigos ha sido seis dias, habiéndose dado la vuelta por la antigua Puren, i sin que hubiese ocurrido por nuestra parte novedad de ningun jénero.

»Todo el ganado quitado a los rebeldes se ha distribuido a los indios amigos, i tambien a la division para su mantencion.»

El 2 de febrero de 1869 salió de Puren, al mando del mayor don Mauricio Muñoz, otra division que se internó hasta el rio Colpi, haciendo una guerra sin cuartel a las tribus sublevadas. La severidad del jefe de la plaza de Puren fué tal, que hasta la fecha lo recuerdan con enojo algunos indios de esas comarcas (1).

Laboriosos auxiliares del comandante en jefe del ejército eran los sarjentos mayores don Gregorio Urrutia i don Orosimbo Barbosa. El primero iba consolidando con el trabajo las conquistas de las armas, pues bajo su direccion estuvieron tanto las construcciones militares de Cañete, Cayucupil, Lanalhue, Contulmo i Cañete, como el trazado de caminos i la vijilancia de los puentes hechos por contratistas. El segundo contribuyó en calidad de comandante de armas de Tolten a mantener en quietud a las tribus que se estendian al sur de este rio, desde la costa hasta Pitrufquen.

Con una astucia mui semejante a la de los mismos indios, tomó diversas medidas para apartarlos de toda alianza con los rebeldes. Una de ellas fué colocar ajentes secretos en las reducciones de Boroa, Imperial, Maquehua, Huilio, Pitrufquen i Villarrica, para estar al corriente de lo que pensaban i hacian esas tribus.

Entró, ademas, en comunicacion escrita con los caciques principales. Da él mismo a este respecto la singular noticia que sigue:

«Mi correspondencia no agradó mucho al principio a varios caciques, quienes protestando de que sus antepasados jamas se habian entendido con el gobierno por medio de papeles, devolvian mis comunicaciones por escrito; mas en el dia las aceptan con gusto, obteniendo con este procedimiento el que algunos de ellos vengan a visitarme a esta plaza.

»Mui conveniente es a mi juicio conservar con los indios esta clase de relaciones, porque habiendo llegado a dar una alta importancia a las comunicaciones, muestran éstas i las hacen leer a todos los comerciantes que visitan sus reducciones, teniendo así, puede decirse, un recuerdo vivo de las miras i procedimientos del supremo gobierno para los que se mantienen en paz, como tambien el castigo que deben esperar los que se armen en guerra.»

La intencion i la forma de esa correspondencia pueden conocerse

(1) Dato comunicado al autor por indios de Puren.

en estas cartas que en 1869 escribió al cacique Manuel Búrgos, de Maquehua.

«Señor don Manuel Búrgos.—Maquehua.—Mi amigo: - Ya sabrá la mortandad de indios que los soldados del gobierno hicieron en la cordillera de Lonquimai i tambien el buen golpe que les dieron entre los llanos de Angol i Huequen. Lo cierto es, amigo, que esta vez los soldados han arreado muchas haciendas de Lonquimai i tambien muchas familias indias. Los indios muertos pasan de 600, las lanzas que dejaron en su arrancada de 800 i las familias llegan hasta 100 entre mujeres i chiquillos. ¡Qué tal amigo! ¿qué le parece? Ya Quilapan, si no ha escarmentado, estará tristísimo con la pérdida de tantos mocetones, mujeres i chiquillos i animales. Veremos donde se mete ahora que no sea perseguido por el gobierno.

»Participe estas noticias a Melivilo, a su hermano, a Neculman, Lemunao, Catrivilo i Nanculeo.

»Hágales saber a los nombrados de que para la luna llena de marzo tendremos en Tolten una junta con el fin de tratar con los amigos de paz; que la junta la hace don Cornelio Saavedra i el señor ministro de guerra, por encargo del presidente de la república; que los buenos amigos, los amigos de la paz, deben venir a dar su mano derecha, so pena de ser condenados como enemigos del gobierno i amigos de Quilapan i que la junta será mui buena porque el ministro i don Cornelio traen palabras mui buenas, como que hacen la palma de olivo para los buenos caciques.

»En fin, mi amigo, póngase de acuerdo con Puchi i trabajen a fin de que todos vengan; trabaje porque así lo requiere su patria, la educacion de sus hijos i su porvenir.

»Concluyo rogándole no se olvide de los soldados prisioneros i de que ya hemos hablado i deseándole que mis mensajes llegarán a todas partes llevando mis palabras buenas i convidando a mis amigos para la junta de que ocupo su atencion.

»Lo saluda su affmo.—*O. Barbosa.*»

«Marzo 7 de 1869.

»Apreciado amigo:—En estos dias debe llegar por esas orillas una division de tres mil hombres mandada por el señor jeneral Pinto, i harás un servicio a los amigos si despues de leer la carta que te incluyo a todos los caciques de esas reducciones, le mandas o vas tú en persona a entregar al señor Pinto la referida carta.

»El gobierno dice, como lo verás en mis cartas, de que hará la paz con Quilapan, si viene o manda mensajes a la parla de Tolten i que ya tú conoces.

»La paz se hará mui bonita i se entregarán los cautivos por una i otra parte. En fin, mi amigo, Ud. anime a los caciques para que llamen a Quilapan a hacer esta paz. Si pierden esta ocasion, el fuego seguirá ardiendo, miéntras que si consiguen que Quilapan venga o mande mocetones a la parla, todo se podrá arreglar i la paz se hará bien.

»Muchas cosas tengo que hablarte i desearia vinieras a ésta luego que puedas.

»Memorias a Melivilo, mi buen amigo.—Tuyo.—*O. Barbosa.*»

«Setiembre 6 de 1869.

»Apreciado Búrgos.—Es preciso que Ud. no desmaye en la ardua tarea de trabajar por conseguir que los indios no entren en la liga con Quilapan, particularmente aquellos que, como Melivilo, tienen buena cabeza i harto que perder.

»Hace seis dias que salieron de Cañete i Puren dos divisiones respetables, con órdenes de internarse; igual cosa se ordenó en la de Malleco, de donde han salido cuatro bien respetables.

»Nada debe de amedrentar a los buenos amigos, porque en todo caso serán respetados i considerados, i por nada mi gobierno les hará perjuicio; está dispuesto a atenderlos i hacerles cuanto servicio esté de su mano.

»Búrgos: Usted que conoce lo débil que es el natural, debe estar, para no hacerlo caer en el lazo de Quilapan, como un pregonero

hablando siempre i dando buenos consejos, así solo conseguirá que el halago de pagos i promesas no lo seduzcan, caso tan fácil.

»Da un abrazo a tus hijos i tú dispon de tu mayor i amigo.— Orosimbo Barbosa» (1).

En tales condiciones, iban desapareciendo ya muchas dificultades en la empresa de incorporar a la república la rejion de la costa i faldas orientales de Nahuelvuta. Comprendiéndolo así el gobierno, se daban instrucciones al ejército de la baja frontera, por intermedio del ministro de la guerra, para que fundase nuevos establecimientos, necesarios para el desarrollo de la agricultura i el comercio. Se le comunicaba por último el propósito de estender las posesiones militares hasta las ruinas de Villarrica.

El coronel Saavedra se propuso tener un parlamento con los abajinos, para dar cumplimiento a este encargo i para impedir que las tribus sometidas a su autoridad se pusieran de acuerdo con los arribanos, que meditaban un levantamiento jeneral. Se convino en que la junta tuviera lugar en la llanura de Ipinco, que se estiende como a diez kilómetros al sureste de Puren, en el valle del mismo nombre.

El 24 de diciembre de 1869, concurrieron al lugar de la cita cerca de 1,200 indios, dirigidos por los caciques Epuleo, de Maquehua; Vallunu, de Petrengue; Nahuelño, de Quepe; Luis Lincoln, de Maquehua; Venancio Coñuepan, de Repocura; Coilla, de Curaco; Guirrian, de Pangueco; Guirripill, de Coihueco; Fermin Collio, de Renaco; Rañguileo, de Coli-Mallin; Curihual, de Malales; Guirrian, de Imperial; Guirripill, de Temulemu; Pintrinllanca, de Riracahuin; Huenchullan i Huenchecal, de Arquenco; Antonio Painemal, de Imperial; Painecura, de Cholchol; Cayupi, de Cullinco; Llancaleo, de Chanleo; Niculhual, de Carriguirri; Lincanño i Lincoqueo, de Cholchol; Lizama, de Conuco; Martín Leviguirri, de Tromen; Calhuill, de Hualvole; Millan, de Imperial; Rucan, de Volleco; Huenucoill i Cheuquecoi, de Imperial; Quiapi; Innal, de Carrill; Juanico, de Imperial; Queupulli, de Volin; Paineo, de Pemurehue; Tripailao, de Cholchol; Catrileo, de

(1) Cartas que existen en poder de Burgos.

Puren; Cheuquemilla, de Lingue; Marileo i Currileo, de Ipinco; Domingo Melin, de Lilpuilli; Norin i Porma-llanca, de Paicaví; Paillao, de Ranquihue; Pancho Mariñan, de Cañete.

Ahí estaba Venancio Coñoepan, el cacique patriota de los tiempos heroicos de la independencia, mortal enemigo en aquellos entónces de los Catrileo i hoy reducido a la inaccion por la edad avanzada. Habia venido tambien el belicoso Melin, cabecilla de los abajinos sublevados (1).

Sentóse el coronel Saavedra bajo unos perales, a orillas del camino de Puren a Lumaco, en la posesion del indio Colli, i rodeado de los caciques, dió principio al acto con las formalidades de costumbre. Entre las ventajas que obtuvo de los indios en esta reunion figuraba en primer término el nombramiento de un «comisario o juez de paz», con residencia en Lumaco i con el mando de una pequeña partida de tropa; era en realidad una ocupacion simulada. Tuvo oportunidad tambien el comandante jeneral de producir una escena de grande efecto moral entre los bárbaros. El cacique Melin pidió la entrega de un terreno que ocupaba el anciano Catrileo. El coronel Saavedra repuso que estaba dispuesto a proteger con toda enerjía la posesion de tierras que ocupara este amigo i leal servidor del gobierno. Protestó a su vez Catrileo de las pretenciones de su rival i obtuvo con este motivo una ovacion de la mayoría de los indios presentes.

Mas encarnizada que en los años anteriores iba a ser la guerra en 1870. Los síntomas de nueva rebellion que se habian notado entre los áraucanos moluches, tomaron a fines de 1869 caracteres de franca hostilidad. ¿A qué circunstancia se debia un cambio

(1) Los Melines fueron varios, todos inquietos i batalladores. Eran de Lilpuilli, al sur de Sauces, pero cuando estaban en armas contra el gobierno, cambiaban de residencia; por esta causa cambiaban a veces el nombre del lugar en que vivian. Otro tanto sucedió en la independencia al cacique Coñoepan, cuyo poder se estendia desde Renaco a Repocura, en las dos márgenes del Cholchol, hasta Lumaco. Los Catrileo tenian su reduccion en el lugar llamado Lovcollan, entre Ipinco i Lumaco, al sur de Puren. Huinca Pinolevi, primo hermano de Colipi, poseia tierras en Angol i Puren i casa en Nacimiento, donde se reunian los oficiales de la guarnicion, a bailar con sus hijas.

tan repentino? Era que habia llegado a sus posesiones por el lado de la república Arjentina el aventurero frances Orelie, su antiguo huésped i presunto libertador de 1861. Ahora venia con los mismos planes de independizar a los araucanos i fundar un reino.

La víctima principal de sus embustes tuvo que ser Quilapan, a quien le sujirió entre otras ideas de organizacion militar, la de rodearse de segundos o ayudantes, algo así como un remedo de ministros o jenerales. Quedaron reconocidos en este carácter los caciques, Montri, Lemunao, de Perquenco; Quilahueque i Huentecol (1).

El 28 de diciembre de 1864 comunicó el jeneral Pinto al comandante en jefe del litoral la noticia de haberse introducido el aventurero frances a la Araucanía por las pampas arjentinas. Tanto para cerciorarse de este hecho como para pulsar el estado de ánimo de las tribus del sur de los rios Imperial i Tolten, contrarias a la continuacion de los trabajos de esta línea, el coronel Saavedra las convocó a todas a una junta.

Trasladóse en los primeros dias de enero de 1870 a Tolten i celebró el 20 una reunion preparatoria con varios caciques. Despues de algunas evasivas de los cabecillas indijenas, consiguió obtener informes que le permitieron creer que positivamente Orelie se hallaba entre los arribanos.

El 22 tuvo lugar un segundo parlamento, mas numeroso que el primero. Concurrieron a él todos los caciques de importancia de la zona mencionada, es decir, desde Maquehua hasta Bajo Imperial i desde Tolten hasta Villarrica. Mostráronse quejosos i exigentes por los trabajos de fortificacion i de caminos; pero depusieron su enojo ante las esplicaciones diplomáticas del coronel Saavedra, que insistió en manifestarles que se trataba de protegerlos contra los ataques de los moluches i los proyectos capciosos de un farsante extranjero. La reaccion fué completa. Pudo así el jefe del ejército de la costa continuar su obra de ocupacion.

Supo ademas el coronel Saavedra en este segundo parlamento

(1) Datos del cacique Juan Calvucura, de Perquenco, hijo de Lemunao.

el itinerario del viaje de Orelie a la Araucanía, que detalla en estos términos en su memoria de 1870.

«Desembarcado en el puerto de San Antonio, como a catorce leguas al sur de la desembocadura del río Negro en el Atlántico, pasó este río a la altura de la isla Choelchoel, donde estuvo a punto de morir a manos de cierta indiada que se hallaba reunida en dicha isla, debiendo su vida a la declaración que hizo de que venía llamado por Quilapan, con el objeto de ponerse al frente de la guerra que iban a hacer los indios de Chile para recuperar sus tierras.

»Desde el punto indicado se dirigió por el antiguo camino de carretas que costea aquel gran río, acompañado de un cacique de la reducción de Neculman, con quien yo mismo he hablado en Tolten, i penetró por la cordillera de Lonquimai, pasando de allí al campo de Quilapan, donde principió los manejos que conocemos, anunciando desde luego la próxima llegada de elementos i recursos en un buque que en el mes de marzo le vendría por el Pacífico. Marco este último detalle con el objeto de hacer notar a V. S. la estraña coincidencia de haber recalado a las aguas del Corral, en la fecha anunciada, el conocido vapor de guerra frances *D'Entrecasteaux*, segun me lo comunicó el señor Intendente de Valdivia, i que por la importancia ulterior que ello pudiera tener dejó consignado. Se sabe que aquel malvado extranjero ha recibido ya comunicaciones que le han sido remitidas directamente a través de la pampa, por algunos de los puertos del Atlántico, que seguramente será el ya citado de San Antonio.»

Era necesario, por lo tanto, proceder con energía i rapidez, para tomar o arrojar del territorio al aventurero frances i hacer un despliegue de fuerza que alentara a las agrupaciones aliadas i barriese hácia los Andes a las enemigas. Para la ejecucion de este plan debian obrar combinadamente los ejércitos de la costa i del centro. En efecto, el comandante en jefe del primero mandó organizar en Puren una division de 600 hombres de las tres armas, que puso a las órdenes del comandante del 7.º de línea, don Mauricio Muñoz. Como segundo jefe iba el sarjento mayor don Francisco Barceló, que mandaba tres compañías de su cuerpo, el 4.º de infantería.

Aunque de la línea del Malleco no pudo movilizarse simultáneamente ninguna fuerza, la de Puren emprendió su marcha el 19 de febrero en dirección al este. Llevaba instrucciones de alcanzar hasta las orillas del Cautin. Los indios rebeldes no presentaron resistencia en ninguna parte i huyeron a las cordilleras del oriente. Los campos i habitaciones sufrieron la obligada destruccion que en ellos hizo la fuerza de Muñoz, el cual regresó a Puren en los primeros dias de marzo (1).

Quilapan no era hombre para desanimarse con una campaña de sus enemigos; por esta misma fecha alistaba sus elementos bélicos para resistir la invasion. El estado mayor supo en Angol por diversos conductos los preparativos del indomable cacique. Uno de los bandoleros refugiados entre los indios insurrectos que fué aprehendido, comunicó sobre el particular estas noticias:

«Quilapan tiene como 300 indios i 150 españoles armados, porque un frances que llaman rei le llevó dos cargas de municiones i algunos revólvers. Quilapan ha mandado correos a la cordillera i república Arjentina para conquistar jente i espera reunir 3,000 hombres para atacar la línea. El frances rei aguarda de la fecha en tres meses mas o ménos, un vapor que traerá tropa i la hará salir a tierra cerca de Valdivia. Dicen que el rei tiene mucho dinero en moneda de oro, paga a los soldados a 30 pesos mensuales i aseguran que de la línea le va jente i con ésta forma su fuerza.

»Se dice en la reduccion de Leviu que pronto saldrá de esta plaza una division, pero los indios están dispuestos a no hacer defensa; sus ganados los tienen al otro lado del Cautin; por consiguiente nada tienen que perder (2).»

(Continuará.)

(1) Parte del comandante Muñoz.

(2) Archivo de la comandancia de armas de Cautin.

